

POESÍAS VARIAS



## POESÍAS

---

### EL VIERNES SANTO

---

Tristemente reposaba  
La natura soñolienta :  
Ya su luz amarillenta  
Trémulo el sol reflejaba,

Tiñendo la parda arena  
Con su pálida vislumbre,  
Y del Gólgota la cumbre,  
De erizados pinos llena.

El mar no besa la playa,  
Y, ya en la plena marea,  
Cual espejo que argentea,  
Sus tersas olas explaya.

Y ni las alas movía  
La inconstante mariposa,  
Ni la mosca bulliciosa  
Turbar el aire se oía.



En el desierto arenoso  
 Duerme el león : cabe el Nilo  
 El repleto cocodrilo  
 Halla calor y reposo.

No cae la hoja marchita  
 Del árbol; todo en el mundo  
 En un silencio profundo  
 Tranquilamente dormita.

Y sobre el Gólgota guarda  
 Tres maderos, que ha clavado,  
 El pretoriano soldado  
 Descansando en la alabarda.

En el del medio, á lo lejos,  
 Se ve brillar mansamente  
 Una luz que hacia el oriente  
 Manda plácidos reflejos.

De súbito nueva luz  
 El cóncavo cielo hiende,  
 Y cual corona descende  
 Sobre la infamante cruz.

Se entra el sol al mar profundo ;  
 Pero entre la noche oscura,  
 Que da vasta sepultura  
 Entre sus alas al mundo,

Brilla como un meteoro  
 La cruz, en que está fijado

El que, muriendo, ha salvado  
 Al hombre de eterno lloro.

Su noble rostro, marchito,  
 Que inefable luz circunda,  
 Despide un rayo que inunda  
 Todo el espacio infinito ;

Y por doquiera que están  
 Los justos, el corazón  
 Les advierte en conmoción  
 La caída de Satán.

Los Ángeles del Señor  
 Baján desde el alto cielo,  
 Y se humillan en el suelo  
 Ante el muerto Creador.

Del mudo dolor en pos,  
 Fijos los enjutos ojos,  
 María ve los despojos  
 De su Hijo y de su Dios . . .

Tú allí, junto al crucifijo,  
 ¡María ! . . . tú al fin lloraste,  
 Y tus lágrimas mezclaste  
 Con la sangre de tu Hijo.

Allí le oíste decir  
 Que Juan tu hijo sería,  
 Y un *Hombre* pudo á María  
 Ya cual *Madre* bendecir.



De Juan hermano soy yo. . .  
 ¡Madre! ¡cuán dulce es el nombre  
 Con que Dios, llamarte, al hombre  
 Al morir le permitió!

¡Madre! ¡oh Madre! ¡para mí  
 De Jesús la gracia alcanza :  
 Yo busco fe y esperanza,  
 Caridad y amor, en Ti!

POPAYÁN, 1843.

## TE QUIERO

Te quiero, sí, porque eres inocente,  
 Porque eres pura, cual la flor temprana  
 Que abre su cáliz fresco á la mañana  
 Y exhala en torno delicioso olor.  
 Flor virginal que el sol no ha marchitado,  
 Cuyo tallo gentil se eleva erguido  
 Por matutino céfiro mecido  
 Que besa puro la aromada flor.

Te quiero, sí; pero en mi pecho yerto  
 Ya con amor el corazón no late,  
 ¡Ay! ni mi frente pálida se abate  
 Al contemplar tu cuello de marfil;  
 Pero te quiero como á aquella tierna  
 Hija de mi alma que inocente ahora,  
 En el regazo de su madre, llora,  
 Tal vez, la pena que soñó infantil.

No dejaré que veleidoso vague  
 De flor en flor mi loco pensamiento,  
 Mas también la amistad tiene su acento;  
 Amigo soy, amigo te hablaré.



¡Feliz tú! ¡feliz yo! Mis largos años  
Cuentan dos veces los que tú has vivido :  
Tú el agujón de amor aun no has sentido,  
Yo ya de amor el agujón gasté.

El fuego brilla en tus abiertos ojos,  
Pero no hará reverberar los míos ;  
Tu blando acento en mis oídos fríos  
Rápido vibra y piérdese al caer :  
Y si entrecubre el párpado bruñido  
Tu dilatada, lúcida pupila,  
Mi mirada pacífica, tranquila,  
Admira el ángel—nunca la mujer.

Tal vez anima tu semblante puro,  
Con gracia celestial, vaga sonrisa,  
Como se anima, al soplo de la brisa,  
El terso lago en tímido vaivén.  
Y tu inefable sonreír de ángel  
Al corazón arrancará un suspiro ;  
Mas yo impasible tu sonrisa miro  
Y mirara impasible tu desdén.

¿De qué sirve en el árido desierto  
De ruiñeñor armónico gorjeo ?  
¿A quién dará su música recreo,  
Si todo en torno es yermo y orfandad ?  
¿Y qué valen la gracia y la hermosura,  
Y la lágrima amiga y la plegaria,  
Cuando el alma abrumada y solitaria  
Está absorta en su propia soledad ?

¡Estéril soledad, do todo muere,  
Que llevo yo doquier conmigo mismo,  
Que, cual potente mar, torna en abismo,  
Y á sí asimila cuanto en ella cae!  
Ya para mí la brisa no levanta  
El mar de las pasiones; está en calma ;  
Al estéril desierto de mi alma  
Sólo la arena sus mudanzas trae.

Volcán extinto soy, ceniza fría  
Que humedeció el dolor. Lee lo que escribo :  
Tu mirada de fuego yo no esquivo,  
Que la chispa al caer se apagará.  
Lee sin temor. Algún futuro día  
Dirás : — ¡Era mi amigo! — Á más no alcanza  
Ya mi ambición ; mi tímida esperanza,  
No de amistad el linde salvará.

Pero tu suerte, ¡hermosa flor! tu suerte,  
Yo quisiera labrar y tu ventura ;  
Eres hermosa : el crimen de hermosura  
Persigue el hado, sin piedad, aquí.  
Flor virginal que con la brisa ondeas,  
El gusano te acecha, en torno andando,  
El diente aguza, y en el tallo blando . . .  
¡Oh Dios! ¡buen Dios! ¡apártale de allí!

Tú la hiciste, Señor, ¡no la abandones!  
Tú de gracia, de amor tú la vestiste,  
¡Cuidala ahora! El enemigo existe,  
Desnudo de virtud y de piedad.



¡No le permitas deshojar tu lirio!  
¡Ay! ¡ni en el cáliz exhalar su aliento!  
¡Ay! ¡ni permitas que enemigo viento  
Aje tu linda flor, Dios de bondad!

---

## DESPUÉS DE SIETE AÑOS

---

¡Ay! siete años han corrido y  
Siete años ha te veía  
Sentir cuando yo sentía . . .  
¿Quién este cambio ha traído?

Siete años ha tu mirada  
Era mirada del cielo,  
Era rayo de consuelo  
Para el alma atribulada.

En tu modesto retiro  
Dabas amor á mi amor,  
Y dolor á mi dolor,  
Y á mi suspiro, un suspiro.

Brillaba en tus negros ojos  
Una inocente pasión,  
Latía tu corazón,  
Hablaban tus labios rojos.

Tú inocente, puro yo,  
¿Me amas? te preguntaba,



Y tu labio no esquivaba  
La grata respuesta, no.

Para nosotros había  
Misterioso talismán;  
Al gozo el gozo, al afán  
El afán correspondía.

El secreto pensamiento  
Que iba en el seno escondido,  
No te era desconocido;  
Le leías al momento.

Frecuentemente me hallé  
Entre la turba mezclado,  
Y sin verte, entusiasmado,  
Tu presencia adiviné.

. . . . .  
. . . . .

Hoy, siete años han corrido,  
¿Y cuál es la diferencia?  
Ésta: ¡que con la inocencia  
El amor también se ha ido!

## ME AUSENTO

Auséntome, buen Dios, me ausento solo,  
Y todo es soledad por donde paso;  
Y todo está dormido. En el ocaso  
Lento su disco va sumiendo el sol:  
Y expira como expira mi esperanza  
En tristísimo lánguido desmayo,  
Sin despedir ni un moribundo rayo,  
Eclipsado entre nubes su arbol.

Avánzase la noche tenebrosa,  
Y sepulta á la tierra en su hondo seno;  
Ni zumba el viento, ni retumba el trueno,  
Ni se oye el arroyuelo murmurar.  
Una pálida estrella solitaria  
Hiende el crespón del cielo nebuloso,  
Y en triste melancólico reposo  
Puede apenas las nubes penetrar.

¡Imagen de mi vida sin ventura!  
¡Estrella solitaria! ¡aquellas nubes  
Que velan la mansión de los Querubes  
Impiden que tu luz llegue hasta aquí! . . .



Yo también en la tierra un alma tengo ;  
 Pero su luz á penetrar no alcanza,  
 Y es luz de amor, de amor sin esperanza,  
 Mas ¡ay! ¡la luz! . . . ¡la luz no brilla en mi!

Entre el terrible estrépito del mundo,  
 Ó en esta soledad dulce, sombría,  
 Mi corazón palpita de agonía  
 Y vive del dolor mi corazón.  
 Mi corazón, cuyo latir convulso,  
 Perdida la quietud, la paz perdida,  
 Le da existencia, como al mar da vida  
 El sordo rebramar del aquilón.

¡Cuán horrible es vivir de la tristeza,  
 Agobiada la sien de pesadumbre,  
 Y no sentir jamás la dulcedumbre  
 Que la fe sólo y la esperanza dan!  
 ¡Cuán horrible es amar sin ser oído,  
 Que el suspiro entre lágrimas enviado  
 No halle jamás el eco deseado  
 Que respondiendo, alivie nuestro afán!

¡Cuán horrible es pensar que yo sucumba  
 Al peso irresistible del destino,  
 Y divertir con mi clamor contino  
 El capricho ó virtud de una mujer!  
 ¡Cuán horrible es contar mis tristes horas  
 Por las horas acerbas de mis penas,  
 Y sentir la ponzoña entre mis venas  
 Sin probar nunca el cáliz del placer!

Ó pensar que un rival afortunado,  
 Á quien propicia se mostró su estrella,  
 Pueda en su boca deliciosa, bella,  
 Vida beber, felicidad y amor.  
 Y entre su seno cándido, siáve,  
 Verle gozar sus tímidas caricias;  
 Y de amor embriagado y de delicias,  
 Cuando yo gimo presa del dolor.

Sí, del dolor; si alguna vez sus labios  
 Á mis ardientes labios se juntaron,  
 Y unos en otros el placer buscaron  
 Llenos de fuego, y vida, y juventud,  
 Entonces, cual volcán, cuyo estallido  
 Ahoga el cantar del ruiseñor contento,  
 De la pasión el seductor acento  
 Ronca acalló la voz de la virtud.

Y con la mano trémula apartóme,  
 Sustrajo á mi cabeza su regazo,  
 Huyendo de mi amor y de mi abrazo  
 Y de su propia tímida pasión.  
 Y yo la vi de lejos reclinada,  
 Puesta la mano trémula en la frente,  
 De un caduco deber llena la mente,  
 Y del amor presente el corazón.

Pero sus ojos tímidos me vían  
 Sin osarme mirar : húmeda estaba  
 Su faz, donde la lágrima brillaba  
 Como el rocío en nacarada flor.



Ahora arrepentida se mostraba  
De haberme rechazado : ora tendía  
La palma, y ordenarme parecía  
Que respetase, amando, su pudor.

Mas prendíme á sus labios deliciosos,  
Como de abejas el dorado enjambre  
De virgen flor al oscilante estambre  
Que blando mueve el céfiro al pasar.  
¡Ay! donde yo la vida hallar creía,  
Cual colibrí la miel en la azucena,  
Sólo hallé copa de ponzoña llena  
Que vino mi existencia á envenenar.

Y la probé, cual pajarillo incauto  
El *solo* grano que la red encierra,  
Y deja de vagar por aire y tierra  
Prisionero quedando entre la red.  
¡Oh! ; quién pudiera nunca haber probado  
El néctar en sus labios de ambrosía,  
Donde mi alma en éxtasis bebía  
Sin apagar jamás la ávida sed!

¡Pero quise probarle! . . . Así el viajero  
Incauto en los desiertos de Sahara,  
El resoplar del viento deseara,  
Del viento del desierto abrasador ;  
Y así sentí cual siente el peregrino  
Al ver llegar la muerte sobre el viento  
Que emponzoña las auras y el aliento  
Con su abrazo de fuego y de dolor.

Así sentí, mujer ; ése el alivio,  
Ése fué de placer el que ofreciste  
Amargo cáliz, eso lo que diste  
Por sola recompensa de mi fe.  
Hora mintiendo afectos, á engañarme  
Yo no sé qué te impele seductora,  
Conozco que me engañas aun *ahora* ;  
Ó tal vez me amarás—yo no lo sé.

Pero yo si te amo. No profanes  
De mi amor el purísimo santuario,  
No olvides al viajero solitario  
Que vive, que delira para ti ;  
Para ti sola, para ti, que diste  
Tormentos á mi alma venturosa,  
Por quien la vida arrastro pesarosa  
Entre el dolor, la angustia, el frenesí.

Robástemme la dicha que tenía,  
Robástemme mi paz y mi sosiego,  
Y en mi tirana te erigiste luego,  
Y yo te amo y siempre te amaré.  
Mas no cual tú, que tienes quien te admire,  
Quien te prodigue incienso prosternado ;  
Yo sólo tengo un corazón llagado,  
Sólo amar sé y amando moriré.

Con sus dulces armónicos acentos  
Otro feliz encantará tu oído,  
Ó de célicas formas bendecido  
Su talle altivo ostentará y su faz ;



Pero á *mi* el cielo, de su polvo avaro,  
 Me ha negado la atlética belleza;  
 Yo no levanto al cielo mi cabeza,  
 Ni alzo á las nubes mi mirar audaz.

Pero ¡ay! que si el cielo no ha querido  
 De perfección hacer conmigo alarde,  
 No por eso, mujer, soy yo cobarde,  
 Yo tengo *honor*, aunque pujanza no . . . .  
 Si, tengo *honor*, el sentimiento excelso  
 Que asegura del alma el poderío,  
 Y un alma bulle aquí en el pecho mío,  
 Que digna de adorarte Dios creó.

## Á BEATRIZ

Hija, tu madre me dice  
 Que cuando tus ojos vieron  
 Mi carta, se humedecieron,  
 Y suspiraste por mí.  
 Yo no sé, hija del alma,  
 Qué me pasa : si es tormento,  
 O si es placer lo que siento,  
 Al saber esto de ti.

Esa lágrima inocente  
 Que hasta la infancia derrama,  
 ¿ De nuestro Dios no reclama  
 Ya piedad, ya compasión ?  
 Por ti—por mí—por tu madre,  
 Por tus hermanos queridos,  
 ¡ Pobres huérfanos, hundidos  
 En el fango y la opresión !

Por ventura en esa lágrima  
 Que tus ojos humedece  
 De mis padres resplandece  
 El valor y la virtud.



De ésos cuya nieta eres,  
Que por la Patria murieron,  
Y la cadena rompieron  
De una larga esclavitud.

¡Conque, hija mía, tú sientes  
¿No es verdad? cuando *otros* rien!  
Tú lloras, otros sonrien  
Con tranquilo corazón.  
Todos son esclavos, y *ella*,  
Mi hija, ya llora su pena,  
Y *ellos* sufren la cadena  
Con santa resignación.

Cuentas cinco primaveras  
Y ya lloras; y ese llanto  
Que tu niñez honra tanto,  
Honra tu raza también.  
Al ver lo que sois ¡oh hijos!  
Y al ver que algún parricida  
Os quita el pan y la vida,  
Le alabo porque hace bien.

Hace bien: no sois vosotros  
De aquella raza maldita  
Que de hinojos solicita  
Perdón para la virtud.  
De hambre moriréis acaso. . . .  
¡Muertos! . . . ¡esclavos! . . . Prefiero  
Lloraros muertos: no os quiero  
Vivos en la esclavitud.

Hija mía, ¡quién pudiera  
Volar como el pensamiento,  
Oír tu infantil acento,  
Y besarte y ser feliz!  
Nada puedo; de mi Patria  
Me está cerrada la puerta . . . .  
Mas al fin veréla abierta:  
Y entre tanto, ¡adiós, Beatriz!

LIMA, *Noviembre* 1851.